

# ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

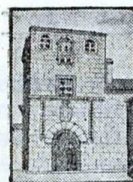
## Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

## SUMARIO

	Páginas	
Proust y el tema del tiempo .....	3	Baldomero Díaz de Entresotos.
Ideario Extremeño .....	8	Juan Meléndez Valdés.
Nuestros clásicos: Al pie izquierdo de Cristo.....	9	Luisa de Carvajal y Mendoza.
Recuerdos: El jilguero que voló de mis manos .....	11	Miguel Muñoz de San Pedro.
Te dejaré.....	14	Francisco Emilio García.
Comentarios de un escultor .....	15	Carlos Callejo.
He roto un desengaño.....	20	M. Ostos Gabella.
Un marino extremeño: José Solano Bote Carrasco y Díaz .....	21	Juan Tena Fernández.
Conformidad .....	31	Eladia Montesino.
Fantasia astronómica .....	32	Vicente Nería.
Los apellidos de los Apóstoles. (Cuento)	33	Fernando Villalba Diéguez.
Acorde lírico, VI.....	35	Pedro Romero Mendoza.
A mi aldea .....	36	Carmen Marquina.
Neologismos: A Un Aprendiz de Hablista Pan .....	39	Ricardo Becerro de Bengoa.
De todo un poco: Consideraciones sobre el tiempo (II y último) .....	41	Santos Sánchez-Marín.
Páginas antológicas: Anoche cuando dormía .....	43	Francisco Marcos López.
Sociedad Española de Estudios Clásicos.	51	Antonio Machado.
Poemas .....	52	Joaquín Regodón Marín.
La nevada .....	55	Edgardo Ubaldo Genta.
Crítica sin hiel .....	57	Eugenio Payo.
In memoriam.....	59	Un Aprendiz de Hablista.
El hogar en la gran ciudad.....	61	«Amenofis».
¿Filosofía? .....	65	José Aguilar Alvarez.
Saludo a la primavera.....	67	José M. <sup>a</sup> Chamorro C. M.
El azul en su sitio .....	69	Manuel Monterrey.
Arte y artistas.....	70	Manuel Pacheco.
Nuevo pecado .....	71	José de Hinjos.
Un estilista: Azorín.....	77	Luis Agustín Pizarro Peña.
Mirador: Crónica .....	78	E. Tenés.
Recensiones .....	80	Curio O'Xillo.
	84	«Omar el Zegrí» Valeriano Gutiérrez Macías.
Notas breves: De dentro y de fuera .....	90	José de la Peña.
Concurso fotográfico.....	91	
Noticia de Revistas .....	92	
Láminas .....		José Canal.
		Nuestros artistas: «Ermita Herguijuela», por Victoriano Martínez Terrón y fotos Mas y Olivenza.



# ALCANTARA



Año X

ENERO - FEBRERO - MARZO

Núms. 75-76-77

## Proust

### Y EL TEMA DEL TIEMPO

**S**OBRE Marcel Proust, uno de los más grandes escritores de todos los tiempos, se discurre ahora, en general, con más pretensiones que profundidad. En nuestros días que son pedantes, como no lo fueron jamás los días de otras generaciones, el enfoque de Proust es inaguantable. El «caso» de este genial novelista se trata más desde el punto de vista filosófico, que desde el puramente literario y sentimental. Estamos mirando a Proust con lupas universitarias de muchísimos menos aumentos que los que tenían las lupas de su época, con las que pocos le miraban sin embargo tan atentamente. Y es que el arte no interesa a la minoría intelectualista por su fontana emocional sino por sus circunstancias teóricas, por su «técnica», esta estúpida palabreja de moda. Es lamentable esta frigidéz intelectual que está congelando la verde y jugosa humanidad de las letras.

Yo creo que a Proust, sin menoscabo de su valor especulativo en relación con el tema del tiempo y con la psicología, hay que considerarlo, ante todo, como un poético evocador que se asoma al tiempo con ánimo conmovido, humana y sencillamente. No trata de hacernos meditar en filósofo, como un Kant para el que tiempo y espacio son conceptos metafísicos de una teoría transcendental de los elementos, sino de conmovernos en cuanto hombres de carne y hueso, llenos de sentimientos y curiosos del vivir. Y, él, para servir a esta emoción y desahogar su propia angustia, estremecido de recuerdos y embriagado de la sensualidad y de la poesía de la vida, se vuelve a su historia íntima y a los contornos que la aprisionaron haciendo revivir el pasado con la nostalgia de quien siente que se le va su época y dolorosamente perplejo se contempla desarraigado de un mundo inefable. El tiempo se nos presenta así como algo vivo y

plástico que se ve, se palpa, se huele y se le oye su susurro. Proust agarra dramáticamente ese tiempo con entidad y quiere fijarlo entrañablemente en páginas conmovedoras, eternas, exquisitas; quiere clavarlo en ellas como la mariposa del entomólogo con sus colores y su polvo vital.

Se le achaca a Proust, por otra parte, haber presentado en su densa obra un aspecto parcial de la sociedad francesa; que su reviscencia afecta a un sector segregado de la vida de su país. Todos sus análisis, tan finos y hondos, resultarían entonces fragmentarios y no representarían el carácter de universalidad que es sello del genio. Disiento en absoluto de esa opinión; en cualquier parcela humana está entera la humanidad con el alma simple e indivisible que la alienta. Sobre el compartimiento, uno de esos compartimientos en que se impone la tradición sobre la revolución en el área de Francia, sobre la vanidad y la división social episódica Proust escribe el poema universal del paso del tiempo y de las pasiones que en él fulguran cuando hace la evocación cálida de una época llena de patética simplicidad.

También es enfadoso ese hablar de técnica literaria y de procedimientos estéticos, como si el novelista fuese algo rigurosamente científico o un ensayista de tintes para la ropa. La falta de genio creador ha derivado a este vasallaje al ensayismo erudito y cientifista con lo que están secas de emoción humana las páginas que hoy leemos acá y allá. Es un fenómeno que recuerda a la sofística y a los sofistas en que degeneró la alta filosofía de la Grecia clásica. Por eso, sin más que cambiar los nombres encajan aquí las siguientes palabras del filósofo Xavier Zubiri en un ensayo sobre filosofía socrática: «...el ser del hombre se convierte en simple postura. Expresemos lo mismo de otro modo: nada tiene importancia para el sofista y por eso nada le importa; sólo le importan sus propias opiniones y ello no porque sean importantes, sino porque los demás les dan importancia; no porque las tome en serio, sino porque las toman en serio los demás. Aristóteles decía por esto que la sofística no era sabiduría, sino apariencia de sabiduría. Dicho en otros términos: frivolidad intelectual». Pongamos donde dice sofista, escritores y poetas de hoy; pongamos donde dice sofística literatura actual. Vemos entonces que el juicio de Zubiri le viene al pelo al panorama literario de esta hora.

Todo esto lo traigo a cuento a propósito del estilo de Proust en el que ha reparado la pedantería que a su interpretación y análisis se ha agarrado como algunos crustáceos a la roca árida. Proust adoptó su manera de relatar seguramente porque esa manera directa y esa actualización del pretérito le brotó de su finísima sensibilidad espontáneamente; luego, toda su enorme eficacia vino sola. El mecanismo del genio ha sido siempre así de sencillo y el estilo le ha nacido como el cabello. Sólo los adocenados pueden torturarse buscando un estilo que les encubra su penuria. Yo no veo que el estilo de Proust sea otra cosa que la palabra más expresiva y la modalidad más adecuada para transmitirnos su emoción. Leer a

Proust no es sólo sentir que nos traspasan sus ideas, sino el sentimiento de una plasticidad que roza nuestra piel, que hiere los sentidos.

Algún comentarista de Proust trata de jugar ingeniosamente con la distinción entre el relato en primera persona, tal como estamos acostumbrados a verlo en los autores de vulgares memorias y el mismo sistema manejado por un temperamento exquisito a través de una imagen del propio narrador. Todo esto está muy bien para hacer de filósofo cubileteando con conceptos sutiles, pero la verdad nunca es tan brillante; el narrador y cualquiera de sus imágenes serán siempre una misma cosa. No hay que dejarse arrebatar por el prurito intelectual de deformar la realidad y decir cosas sorprendentes que el buen sentido sabe vaciar en su fondo y que a nadie interesan ni sorprenden. Todo se reduce en última instancia a que el escritor vulgar narra vulgarmente y el escritor exquisito exquisitamente. Dejemos en paz el truco de las imágenes. Proust nos cuenta sus impresiones como nos las pudiera contar otro escritor de menor rango, pero, naturalmente, contadas por Proust se envuelven en la magia del genio de Proust. Proust en primera persona como en cualquier tiempo, modo, número o persona en que se expresase resultaría siempre inimitable. No entiendo que haya secreto ni más procedimientos en la manera de Proust.

\* \* \*

Tomemos ahora una de sus novelas, cualquiera, y veamos que hay en ella. Aquí está, como parcela del vasto mundo proustiano, en busca del tiempo perdido, «Por el camino de Swan», delicioso camino con el que entramos en Combray. Proust, asmático, siempre enfermo, en la cama, ya maduro, evoca sus temporadas de niñez en Combray en la casa de su tía, con sus padres y sus abuelos que le rodean y defienden su debilidad congénita del choque áspero de la vida. Vemos a Proust inmerso en un plácido medio familiar en el que las horas son gustosas y lentas como años. El tiempo, sin prisas, está dormido en la comarca; todo es fragante y suave en torno. Vista a lo lejos es una época dorada y larga que se tiende en mansos y dilatados horizontes. Ahora Proust cae ya por la vertiente irremediable de la regresión y de su lecho doloroso, como del lecho de los ríos en invierno, se levanta una niebla nostálgica en la que flotan las cosas del pretérito. Pero ¡cuánta claridad en las viejas imágenes! Realmente Proust hipersensible y embriagado de recuerdos, no hace memoria, sino vuelve a vivir sus años inefables y los vive tan profundamente que los actualiza y nos los pone delante tiernos, jugosos, emocionados y vibrantes. Proust no vive imaginativamente su pasado como la mayoría de los hombres porque es tan violento su esfuerzo imaginativo que crea de nuevo lo que fué ya una vez y había muerto. Aparte de que en la vida vivimos cada instante echándole imaginación como leña al fuego para que no se apague.

Con hondura de sentimientos y dulcísima melancolía hace Proust volver al tiempo fugitivo y entre las escenas que así retornan llegan emocionados en un regreso impresionante otras noches que vuelven de la lejanía de los años, en las que también está acostado, pero acostado en la infancia sintiendo el beso materno de despedida hasta mañana mientras fuera la noche de Combray está llena de rumores maravillosos y de serenidad. Cierra el primer capítulo al tomar una taza de té que le recuerda las tazas de té en casa de su tía abuela y la magdalena que empapaba en aquel té y el sabor imposible hoy de aquel pedacito de magdalena esponjado en el té. ¿Cómo sabían las cosas de la niñez, qué sabor delicioso le encontrábamos a los manjares, que luego no hemos vuelto a percibir? Un mundo antiguo y prodigioso emerge de esta taza de té.

Las temporadas de Combray están examinadas con amorosa lentitud y tienen en nuestro corazón delicadas resonancias, porque también hay en nuestra vida un Combray donde íbamos de temporada y las cosas se veían y se gustaban como nunca volveríamos a verlas ni a gustarlas. Proust se duerme sobre la memoria de Combray, sobre los paisajes y las personas que poblaron sus días de Combray, y nosotros mismos sentimos que se nos devuelve nuestra primera imagen del Universo. Dormido en este minucioso análisis van sucediéndose los recuerdos en densas páginas. En esta labor de orfebre del tiempo el engarce de ensueños pretéritos es una mágica pedrería donde refulgen y se entrecruzan las variadas irisaciones de una ardiente lejanía. Es un soñar espeso del pasado que sin embargo ni en un solo instante llega a hacérsenos enfadoso y lánguido, aunque es evidente que el estilo peculiar y egregio de este escritor, la abundancia de paréntesis que cortan a cada paso los largos períodos de su frase y el caudaloso torrente de su lenguaje, afean la expresión formal de su arte.

Su tacto exquisito calma en aquella escena escabrosa, sáfica y sádica, que sorprende a través de una ventana abierta sobre la campiña. Tememos que ante el brutal descubrimiento vaya a vacilar el buen gusto de Proust y su elegancia se salpique de lodo. Pero la ventana indiscreta se cierra tan oportunamente que ha sido una fulguración apenas entrevista, algo como un sueño impreciso y delicuescente. Después el análisis de la aberración contorna el fango sin mancharse allí donde cualquiera se hundiría irremediabilmente. Proust, que en su laboratorio de la existencia nada rehuye, se manifiesta en este difícil pasaje como un domador de la medida y de la dignidad literaria que no renuncia ningún examen y sabe ahondar en lo que tantos con mirada corta tomarían por insondable.

Las consideraciones de los dos lados que solicitan su atención, el de Swan y el de Guermantes, ha sabido sembrarlas de geniales bellezas que hacen palidecer las de las flores y los espinos que flanquean a uno y apagan la rumorosa corriente del arroyo y la sonoridad de las frondas que susurran en el otro. La hermosura de la naturaleza más privilegiada queda oscurecida tras el fulgor de una prosa única, que es también algo vivo que brota de una trémula crea-

ción. En esta distinción, de «côtés», Proust va a fundamentar la atmósfera moral de una obra perenne y fragante; por esos caminos ideales, sobre su realismo palpitante, vamos a entrar en el gran mundo proustiano, en la bella época que Proust quedará fijada para la posteridad como en un lienzo evocador y pasmoso que las generaciones sucesivas considerarán eterno. El novelista se hace así poeta y se reviste de símbolos conmovedores y eficaces.

La segunda parte de esta novela, «Un amor de Swan», nos introduce en una niebla sentimental y confusa entre cuyos vapores Proust encarnizadamente hace la disección morosa e implacable del sentimiento de este personaje por Odette. No se trata de un amor normal que se desenvuelve por los cauces que arrastraron siempre estas cosas. Swan quiere a Odette, pero no sabe para qué la quiere. Swan es feliz a su lado, o al menos se siente feliz a veces, pero no intenta que se cumplan los fines del amor y vive y ama en una indecisión turbadora. Odette, no es su novia ni su amante en el sentido riguroso de estos términos. ¿Qué ama Swan en esta mujer equívoca?. Porque no vemos ni el amor honesto que se mira en los ojos amados y sueña con un hogar feliz, ni la pasión deleitosa, sensual, la aventura de los sentidos. Swan entra y sale, va y viene, piensa en Odette, sufre, vacila. Es una situación perpleja y absurda que sin embargo está llena de tanta humanidad que creemos que alguna vez hemos asistido a experiencias análogas y vamos siguiendo ávidamente esta singular historia en la que no pasa nada. Swan es un caso complejo que rebasa los cauces normales de las reacciones del hombre. Nos irrita su pasividad aunque comprendemos perfectamente que vivimos un ambiente morboso en el que las normas elementales están quebrantadas.

La fábula se va desenvolviendo en el marco de los Verdurín, familia mediocre hasta la que desciende el trato de Swan aureolado de prestigio mundano, que vemos desvanecerse lentamente como si aquella nueva sociedad lo disolviese. Proust cae sobre las comidas, las tertulias, las costumbres de esta gente y analiza todo puntualmente. No queda ni un resquicio de este mundillo al que el autor no se haya asomado con su ojo analítico. Odette y Swan se mueven entre los Verdurín y la verdad es que no sabemos qué hacen allí. Flotan como vagas sombras. El amor de Swan nos parece delicado y casto y ella parece corresponderle, pero como no renuncia a su vida desvergonzada y viciosa, todo resulta fuera de razón, borroso y patético. Al fin la conducta de Odette, su historia vergonzosa, despiertan los celos de Swan y Proust escribe páginas memorables que nadie ha superado en el estudio de esta pasión. Swan, cuya delicadeza nos lo ha hecho simpático, acaba en su fracaso sentimental, desacreditado y borroso. Ya no vuelve a irritarnos; un sentimiento de piedad nos conmueve.

La última parte del libro es la de mejor calidad poética, suave, dulce, evocadora. La infinita ternura del corazón de Proust se ha derramado en estas páginas en las que evoca los días de su infancia en París, sus juegos en los Campos Elíseos. aquel primer amor de

Gilberte Swan que sonríe en las tardes doradas de un París antiguo. La visión de un lejano Bois de Boulogne con coches de caballos y elegancias pretéritas, reverdece los senderos románticos y al cerrar el libro aspiramos largo rato una fragancia melancólica.

¿Ha encontrado Proust el tiempo perdido? La empresa era ilusoria y en ella dejó la vida; pero si no nos devolvió el tiempo nos dejó al menos su imagen y su esencia poemática como nadie hasta entonces lo lograra. En su obra, como en la primavera, hay cada año un florecimiento de lo inerte.

BALDOMERO DIAZ DE ENTRESOTOS




---

## IDEARIO EXTREMEÑO

Los que estudian, padecen—mil molestias y achaques,—desvelados y tristes,—silenciosos y graves.

¿Y qué sacan? mil dudas;—y de éstas luego nacen—otros nuevos desvelos,—que otras dudas les traen.

JUAN MELENDEZ VALDES

### NUESTROS CLASICOS

## AL PIE IZQUIERDO DE CRISTO

El pie que de amor me hirió  
de solo mirarle un día,  
¿qué efecto en el alma haría  
cuando a mis labios llegó?

Dígalo amor, a quien diere  
el alma por escucharle,  
que fuerza será dejarle  
vida y alma, si le oyere.

Que sin jamás apremiar  
la voluntad de manera,  
él la fuerza a que te quiera,  
que no te puede olvidar.

El pié tu Silva besando,  
que juntamente adoraba,  
do senti que al alma entraba  
un fuego y otro abrasando.

Y abierto hasta el corazón  
el camino a puro fuego,